

La familia sexual

ADOLFO BERENSTEIN

Aquellos que frecuentan los textos de Freud –y creo encontrar entre los asistentes un numeroso ejemplo de ello–, saben reconocer conmigo la diferencia que se establece entre lo sexual, la vida sexual y la posición sexual en sus escritos.

Los primeros pasos dados por Freud destinados a lograr una definición del término de sexualidad, empleado como una llave maestra en el interior del campo psicoanalítico, fueron dedicados a despejar los innumerables prejuicios que existían alrededor del tema. Ante todo la sexualidad no es un simple medio para lograr la reproducción de la especie, reducirla al rol de instrumento puesto al servicio de la conservación de la vida transindividual supone negarle una autonomía con respecto a la genitalidad. Lo sexual –dicho de una forma neutra para separar esta noción de toda confusión con el concepto de género– se extiende más allá de la vida adulta y se convierte así en un patrimonio de la infancia. Lo sexual infantil se articula en la obra de Freud a lo pretérito, a lo olvidado o reprimido, a lo desconocido, a ese lugar de fundamento de la existencia humana consolidada como un más allá de la consciencia. Lo sexual bajo esa forma de pátina libidinal baña todos los intersticios del aparato psíquico, tensa las funciones y organiza las instancias. Sin embargo, a pesar de su peso específico en la vida anímica, queda esta noción despojada de todo sentido por la operación de vaciado realizada por Freud. Separada de la reproducción de la especie, y por lo tanto del campo de las necesidades humanas, articulada al deseo en su dimensión inconsciente, desligada de la genitalidad y reconocida su existencia en la infancia, no deja de ser lo sexual un punto de interrogación que escapa de continuo a todo intento por apresar su significado. Si hoy hablamos de lo sexual, es porque ello, lo sexual, habla en nosotros con los signos de una lengua que debe ser descifrada.

En ese espacio abierto a toda simbolización, Freud introduce el concepto de pulsión como una herramienta teórica que surca la tierra fértil de lo sexual. La pulsión se presenta como un complejo andamiaje articulado que deja al desnudo el carácter lábil de la sexualidad humana estructurada sobre un doble pivote: por una parte, su apoyo en las necesidades biológicas, sin llegar a confundirse con ellas, y por otra parte, la exigencia real de un Otro asumido por la madre (o sus substitutos), encargada de la conservación de la vida, de la alimentación, y del aseo de la criatura. A partir de este montaje pulsional, Freud se interesa en el estudio de la vida sexual infantil organizada en torno a zonas erógenas privilegiadas del cuerpo, señaladas por la marca de la demanda y de la atadura a la satisfacción biológica. Entre estos puntos de alta concentración de libido sexual –me refiero explícitamente a la mucosa oral y anal– no hay ningún vector de desarrollo o evolución, sino un simple ordenamiento en torno al falo y a la castración.

Para aquellos que siguen atentos el hilo de la exposición sabrán reconocer inmediatamente en la función fálica y en el complejo de castración el nódulo del complejo de Edipo. Sobre la estructura del complejo de Edipo, Freud funda una teoría psicológica de la construcción de la familia moderna basada en la disimetría de los sexos. Describe los hechos psíquicos de los lazos eróticos de la familia humana más allá de sus particularidades específicas, articulando los tiempos de la construcción subjetiva. Esta teoría se apoya en una doble relación biológica presente en la familia: la generación de la vida en la especie humana y el sostén de los miembros jóvenes por los adultos. El orden jerárquico así constituido en la familia atribuye a las funciones maternas el privilegio de los cuidados del *infans* en los primeros años de vida, y a la instancia paterna la transmisión de las leyes de parentesco, las normas de matrimonio, herencia y sucesión, en síntesis el conjunto de reglas dominantes en la cultura. Mientras la *imago* materna acentúa en la criatura humana las reverberaciones del narcisismo, los fenómenos especulares e imaginarios, la *imago* paterna conduce el proceso psíquico hacia la sublimación y encadena por este camino los eslabones entre las diferentes generaciones a través de un hilo de continuidad psíquica engarzado por el nombre patronímico.

Pero más allá de la conservación de las costumbres y de las tradiciones, la familia es la institución donde se adquiere el tesoro de la lengua y donde prevalece la educación de los impulsos pulsionales. Por estas diversas razones no se puede considerar a la familia fundada en meros vínculos biológicos porque desde su origen –y para ello nos debemos remontar al mito freudiano del asesinato del padre primordial y a la obediencia retrospectiva de los hijos a las normas del clan– priman, repito

desde el origen, los factores culturales sobre las disposiciones naturales. La interdicción primordial del incesto desvía la tensión pulsional y orienta la libido hacia la construcción sublimatoria de la cultura y de la civilización, creando las bases de las leyes de parentesco. A partir de ese origen mítico los hombres de los distintos clanes intercambian mujeres entre sí, y las mujeres, por su lado, intercambian niños por falo. Deudores de esa ley anudada a la función paterna, el ser humano emprende desde el primer trazo inscripto en la superficie de una caverna un camino sin retorno a la naturaleza. Las necesidades humanas en su sencilla y simple pureza biológica están condenadas a perderse por el corto-circuito producido por la intervención del psiquismo y la cultura. Desde que hay ley hay verbo, y desde que hay verbo el deseo impera en la construcción del sujeto, y el fundamento biológico del cuerpo adquiere una nueva significación. Lo sexual pulsional no cesa de ser trabajado por la civilización.



Metrópolis

Sin embargo, algo nuevo viene ocurriendo en la historia moderna que afecta esencialmente a la función paterna en el seno de la familia edípica, y que trastoca la organización simbólica de los sujetos, creando nuevas formas sintomáticas caracterizadas por el dominio de los impulsos pulsionales por encima de la ley. Las adicciones de cualquier tipo desde las toxicomanías orales hasta las dependencias a las nuevas tecnologías de comunicación, las formaciones patológicas de primacía narcisística ligadas a la imagen del cuerpo como la bulimia o la anorexia, los cuadros de violencia doméstica o escolar, la corrupción social y el crecimiento de los trastornos psicóticos no son otra cosa que meros ejemplos indicativos de la enajenación del potencial de la función paterna. Fenómeno mucho más notorio aún en la juventud donde las tendencias se muestran con mayor empuje en los pasajes al acto en sus diversas manifestaciones: ya sea de desacato a la autoridad paterna o de aquellos que la representen, de trasgresión a las normas de convivencia familiar, en los accesos de violencia o en el consumo indiscriminado de drogas.

¿Acaso el abandono tardío por parte del sujeto de la economía familiar no viene a representar muy a menudo el retorno implacable de la *imago* materna con las consecuencias de fusión afectiva y de espejismos de totalidad en detrimento del corte de la castración? Algo ocurre en la institución familiar, sin lugar a dudas, que pone en interrogación sus propias bases. Pero ¿dónde hallar esas fisuras que agrietan la estructura? ¿Qué fenómenos se pueden observar en la historia moderna familiar que nos permita acercarnos a una respuesta posible? ¿Hay en la configuración de las nuevas familias datos de los que podamos sustraer alguna conclusión?



Metrópolis

«Nosotros no estamos entre aquellos que se afligen de una pretendida relajación del lazo familiar. ¿No es significativo que la familia se haya reducido a su agrupamiento biológico a medida que ella integraba los más altos progresos culturales? Pero un gran número de efectos psicológicos nos parecen revelar una declinación social de la *imago* paternal. Declinación condicionada por el retorno sobre el individuo de los efectos extremos del progreso social, declinación que se marca sobre todo en las colectividades más condicionadas por estos efectos: concentración económica, catástrofes políticas... Declinación más íntimamente ligada a la dialéctica de la familia conyugal, dato observado por el crecimiento relativo, muy sensible por ejemplo en la vida americana, de las exigencias matrimoniales.

Cualquiera sea el porvenir, esta declinación constituye una crisis psicológica.»

Estas palabras no son mías, sino de Jacques Lacan, y fueron escritas en el año 1938.

Tratemos ahora de despejar el camino para alcanzar un cierto entendimiento de la causas posibles de esta declinación de la función paterna. El crecimiento numérico de las adopciones muestran de manera sensible el dominio de las instancias culturales sobre las naturales en la constitución familiar. Esto significa que el lugar del padre o de la madre no depende exclusivamente de razones biológicas, sino de la posición simbólica adoptada ante el *infans*. Es madre o padre aquél que se designa como tal y es llamado a ese lugar.

La legalización de parejas del mismo sexo y el derecho conquistado de adoptar niños en algunos países ha sido objeto en los últimos tiempos de encarnizadas disputas sociales, políticas y religiosas. Le debemos a Freud la propuesta teórica de deslindar la homosexualidad de la degeneración psíquica, otorgándole un lugar en los avatares de la organización sexual infantil en el complejo de Edipo. Si antes habíamos diferenciado en los textos freudianos el carácter radical inconsciente que tiene lo sexual en la vida humana, y colocamos allí la noción de pulsión para poder trabajar con ese instrumento el espacio de la sexualidad infantil, y especialmente el complejo de Edipo, ahora debemos detenernos por un momento en la asunción de una posición sexual por parte del sujeto. Creo que aún se vive una cierta confusión cuando se identifica la homosexualidad con la perversión a través de la herencia transmitida por Freud. Hablar explícitamente de la perversión significa aludir a la ley paterna de la prohibición del incesto, o lo que es lo mismo a la trasgresión de la castración con un dominio de las formas imaginarias del narcis-

sismo fálico. Hablar de homosexualidad o heterosexualidad significa referirse a las identificaciones del sujeto con los emblemas o las insignias del ideal del yo en la resolución del complejo de Edipo. Adoptar una posición sexual u otra no es un repudio a la ley, sino una identificación simbólica al ideal. Hay tantos o más perversos entre los heterosexuales como los puede haber entre los homosexuales. O dicho de otro modo, hay tantos neuróticos entre los homosexuales como perversos entre los heterosexuales. Los hijos de homosexuales no viven ninguna confusión en su organización sexual, ni la función paterna está discutida si no hay allí un núcleo de desmentido a la ley del padre. Vale la pena recordar aquí las observaciones realizadas por Malinowski en las sociedades matriarcales. Aunque aparentemente la función del padre estaba relegada, no por ello se encontraba abolida. Algún miembro de la familia, en este caso el tío maternal, asumía el lugar de la función paterna, el lugar de la autoridad familiar. Ni el matriarcado vive fuera de la ley paterna, ni la homosexualidad borra las diferencias sexuales si en algún lugar se preserva la *imago* del padre. Lo mismo se puede afirmar de las familias monoparentales, la presencia exclusiva de la madre o del padre no significa para nada anular la función del otro lugar.

Entonces, ¿dónde se puede encontrar una luz que nos indique las condiciones de esa declinación y oriente nuestro discurso? Es imprescindible recordar aquí las palabras de Lacan subrayando hasta qué punto «la declinación está condicionada por el retorno sobre el individuo de los efectos extremos del progreso social». Por supuesto cuando se habla de progreso social en un mundo globalizado se designa con este término a las regiones marcadas por una alta concentración de poder económico y político, lo que se traduce siempre en un gran desarrollo de su tecnología.

Si hoy hablamos de la sexualidad debemos dirigir entonces nuestra atención sobre todo a las técnicas destinadas al control de la reproducción de la vida. Nadie desconoce aquí el descenso de la natalidad en los países desarrollados junto al envejecimiento de la población. Por otra parte, los hijos son concebidos a una edad cada vez más avanzada de los progenitores, y al mismo tiempo, se produce un aumento progresivo del número de parejas imposibilitadas de concebir, ya sea por azoospermia o por debilidad de los espermatozoides, ya sea por esterilidad en la mujer, aunque la causa más frecuente es casi siempre desconocida. Junto a las agencias de adopción han crecido los institutos dedicados a la inseminación artificial o a la gestación in vitro. Cada vez más se descubren en los laboratorios métodos anticonceptivos y se amplían los bancos de semen y de óvulos. La genética progresa y está casi a nuestro alcance la mani-

pulación del material genético con fines terapéuticos; la investigación con células madre y la clonación son adquisiciones recientes y ya se discute su legislación. Estamos en los albores de una nueva época abierta al incierto mundo de las aplicaciones tecnológicas en la gestación y el control de la vida. Y quizá sea este el momento de preguntarnos ¿cuál será el papel que jugará la sexualidad en un futuro no muy lejano? Y por si fuera poco, ¿cuál será el destino que tendrán la *imago* paterna y materna en las probetas de los laboratorios?



Matrix



Matrix

Dejemos paso a la profecía: «Un óvulo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un óvulo tratado con el método de Bokanovsky prolifera, se subdivide. De ocho a noventa y seis brotes, cada brote llegará a formar un embrión perfectamente constituido, y cada embrión se convertirá en un adulto normal. Una producción de noventa y seis seres humanos donde antes sólo se conseguía uno. Progreso.»

«El método Bokanovsky será uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social... creará hombres y mujeres estandarizados... se acabará así con el hogar, unos pocos cuartitos, superpoblados por un hombre, una mujer periódicamente embarazada, y una turba de niños y niñas de todas las edades. Sin aire, sin espacio, una prisión no esterilizada; oscuridad, enfermedad y malos olores.»

«Terminarán los terribles peligros inherentes a la vida familiar. El mundo estaba lleno de padres y, por consiguiente, lleno de miseria; lleno de madres y, por consiguiente, de todas las formas de perversión, desde el sadismo hasta la castidad; lleno de hermanos, hermanas, tíos, tías y, por ende, lleno de locura y suicidios... Madres y padres, hermanos y hermanas. Pero había también maridos, mujeres, amantes. Había también monogamia y romanticismo... Madre, monogamia, romanticismo... "Amor mío, hijo mío." No es extraño que aquellos pobres premodernos estuviesen locos y fuesen desdichados y miserables. Su mundo no les permitía tomar las cosas con calma, no les permitía ser juiciosos, virtuosos, felices. Con madres y amantes, con prohibiciones, con las tentaciones y los remordimientos solitarios, con todas las enfermedades y el dolor eternamente aislante, no es de extrañar que sintieran intensamente las cosas y sintiéndolas así, y, peor aún, en soledad, en un aislamiento individual sin esperanza, ¿cómo podían ser unos seres estables?... No cabe civilización alguna sin estabilidad social. Y no hay estabilidad social sin estabilidad individual.»

«La civilización es esterilización... Preservamos a los individuos de las enfermedades. Mantenemos el equilibrio artificial de sus secreciones

internas de modo que conserven la juventud. Les ponemos transfusiones de sangre joven, estimulamos de manera permanente su metabolismo...»

«De este modo el mundo es estable. La gente es feliz; tiene lo que desea y nunca desea lo que no puede obtener. Está a gusto, a salvo; nunca está enferma; no teme la muerte; ignora la pasión y la vejez; no hay padres ni madres que estorben; no hay esposas ni hijos ni amores excesivamente fuertes... Este es el precio que debemos pagar por la estabilidad... No deseamos cambios. Todo cambio constituye una amenaza para la estabilidad. Ésta es otra razón por la cual nos mostramos tan reacios a aplicar nuevos inventos. Todo descubrimiento de las ciencias puras es potencialmente subversivo; incluso la ciencia debe ser tratada como un enemigo.»

«La verdad es una amenaza y la ciencia un peligro público. Tan peligrosa como benéfica ha sido... Pero no podemos permitir que la ciencia destruya su propia obra. Por este motivo limitamos tan escrupulosamente el alcance de sus investigaciones. Sólo le permitimos tratar de los problemas más inmediatos del momento. Todas las demás investigaciones son condenadas a morir... Es curioso leer lo que la gente escribía en otros tiempos acerca del progreso científico.

Al parecer, creían que se podía permitir que siguiera desarrollándose indefinidamente, sin tener en cuenta nada más. El conocimiento era el bien supremo, la verdad el máximo valor; todo lo demás era secundario y subordinado. Cierto que las ideas ya empezaban a cambiar entonces. Se sustituyó el énfasis puesto en la verdad y la belleza por la comodidad y la felicidad. La producción en masa exigía este cambio fundamental de ideas. La felicidad universal mantiene en marcha constante las ruedas, los engranajes; y no la verdad y la belleza... ¿De qué sirven la verdad, la belleza o el conocimiento cuando las bombas de ántrax llueven del cielo?... La verdad ha salido perjudicada, desde luego, pero no la felicidad. Las cosas hay que pagarlas, la felicidad tenía su precio.»

«Es culpa de la civilización. Dios no es compatible con el maquinismo, la medicina científica y la felicidad universal. Es preciso elegir. Nuestra civilización ha elegido el maquinismo, la medicina y la felicidad.»

Ignoro cuánto tiempo pasará para que se cumpla esta profecía, lo que sí sé es que estamos en camino de realizarla. En un mundo donde la ingeniería química busca controlar los afectos, donde la tristeza se ha convertido en enfermedad depresiva, donde el individuo se narcotiza



Matrix

para escapar de cualquier manifestación dolorosa, sólo cabe esperar el dominio de la inercia de la pulsión de muerte sobre la vida sexual. La profecía de un mudo feliz está al alcance de nuestra mano, y más cercana que la voz de su profeta Aldous Huxley, cuando la enunció allá por el año 1932. También por esa época, poco tiempo después, Lacan escribía en su texto dedicado a los *Complejos Familiares*: «...la técnica no es sinónimo de civilización, a veces, puede ser expresión lisa y llana de barbarie.»